

*"A mi querido Pancho
en prueba de amor"*

María

El Triunfo, verano de 1921



Justo homenaje a
Francisco Cota Moreno

FRANCISCO LÓPEZ GUTIÉRREZ

Archivo Histórico
Pablo L. Martínez
Baja California Sur

*"A mi querido Pancho
en prueba de amor"*

Marta

El Triunfo, verano de 1921

Archivo
Histórico
Pablo L.
Martínez

Baja California Sur

Justo homenaje a Francisco Cota Moreno

FRANCISCO LÓPEZ GUTIÉRREZ

Presentación

La Secretaría de Turismo y el Programa Estatal de Lectura, dependiente de la Secretaría de Educación Pública, editan el libro ***A mi querido Pancho en prueba de amor. María***, para rescatar un jirón de la historia de uno de sus maestros, el profesor Francisco Cota Moreno, con el fin de acercar a los diversos lectores una parte de su vida.

Los textos que componen esta obra han sido seleccionados con la idea de mostrar el pensamiento humano de dicho profesor, el arraigo a su pueblo, la misión de ser maestro rural, su estilo para escribir, la defensa de los valores y sus sensibilidad hacia las personas queridas.

Este libro nace al tiempo que se abre la casa donde él vivió en su querido Triunfo, para darle cobijo a muchos otros libros que son como los sueños de muchos sudcalifornianos, pero que hay que abrigarlos para que no se mueran de frío.

Celebremos la llegada de esta obra por lo imprescindible de su contenido, de ella emanan recuerdos, valores y nos infunden ánimos ante la vida. La Secretaría de Turismo y el Programa Estatal de Lectura rinden un homenaje al profesor Francisco Cota Moreno a través de este libro.

Profr. Loreto Gerardo Aguilar

Derechos reservados

© 2004 Coordinación Estatal de Promoción al Turismo
en Baja California Sur

©Programa Estatal de Lectura
©Francisco López Gutiérrez

Fotos en la portada:
el joven Francisco Cota Moreno y la señorita María Cota Maldonado.

Diseño de portada, Miguel Hernández Ceseña

Agradecimientos

*Al señor José Antonio,
y a las señoras Arcelia y Olga,
hijos del profesor Francisco Cota Moreno
por abrir el álbum familiar y por
su gran entusiasmo con que
acogieron este proyecto.*

Índice

PRESENTACIÓN	iii
PREÁMBULO	5
SEMBLANZA DE FRANCISCO COTA MORENO ..	9
CUATRO CUENTOS Y UN DISCURSO	11
DE HOMBRE A HOMBRE	16
PITAHAYEROS	22
PARAJES	27
LA MINA PERDIDA	34
ALBUM FAMILIAR	41
EPÍLOGO	52
BIBLIOGRAFÍA	54

Preámbulo

Tengo la fundada sospecha que las cosas maravillosas de la vida ocurren así sin pensarse; nacen de la intuición y del conjunto de incidencias mínimas. Parece que se van engarzando eventos atemporales, inconexos, muy de a poco a poco y de pronto eclosionan hacia adentro. Esta implosión, cuando ocurre, nos baña de entusiasmo por dentro, y nos estimula a la vez para volver a creer en nosotros mismos y en aquella misión personal que con facilidad olvidamos debido a la inmediatez del entorno social, a veces hostil, que nos presenta la propia vida.

He tenido así la enorme fortuna de asomarme, sin haberlo planeado, a un proyecto de rescate de uno de los grandes valores sudcalifornianos. No sé a quien darle las gracias o los créditos, pero en este salto al vacío pude conocer de cerca algunos destellos de la vida de Francisco Cota Moreno, un profesor rural, un literato autodidacta, un ciudadano ejemplar, dueño de convicciones y virtudes personales dignas de reflexión posterior porque, ¿quién de nuestro gremio magisterial en nuestros días podría desdeñar una diputación o un puesto de primer nivel en la secretaría de educación pública estatal, o, bien, en la estructura de gobierno? ¿Quién? Él lo hizo en su época.

Todo por la fidelidad y a su deber moral hacia su gente; por el enamoramiento del entorno natural agreste y bucólico del mineral; mas, sobre todo, por no claudicar ante el creciente desánimo de su gente por la pérdida continua de las fuentes de empleo; por la esperanza inasible de mantener el filo invisible de aquel centro cultural que distinguió a El Triunfo durante los años de auge minero; y para ser ejemplo de resistencia callada a la emigración de sus coterráneos hacia La Paz y a otras entidades.

Por no dejar sola a la soledad, Francisco Cota Moreno permaneció allí un su mundo de sueños hechos de letras y esperanzas por ver a su pueblo renacer algún día a la luz del mineral blando y duro. Siempre apegado al ancla espiritual que representaba su esposa, María, y sus hijos César, José Antonio, Arcelia y Olga. Si. Ésta era su vida. Cómo, entonces,

abandonar a su suerte a El Triunfo que era su punto de origen y convergencia. Quién cuidaría a los niños y a los viejos del mágico vaho que desprendían las carismáticas torres, la Ramona y la Julia.

Vaya, ni los buenos oficios de Jesús Castro Agúndez, su amigo del alma, su casi hermano, lograron disuadirlo de que dejara al melancólico mineral de El Triunfo. Es innegable entonces que Francisco Cota Moreno o “el coronel” como bien lo llamaba don Ángel Arnaut, ya tenía decidida su misión años atrás: Es probable que en sus varios momentos dedicados a la reflexión. Cota Moreno ha de haber gritado en silencio: “Déjenme ser el educador y el literato autodidacta que quiero ser. Y qué mejor sitio que éste al que conozco de arriba a bajo, en tiempos de secas y de inundaciones; a donde llego con los ojos cerrados al sitio escondido de las pitahayas coloradas y las blancas pitahayas; a donde las mujeres son buenas y malas; éste mi lugar de encuentro y desencuentros con el Ser y no Ser en la transparencia de mis lágrimas universales, Déjenme aquí al lado de mis alumnos y de mis amigos: Sixto, Modesto, Jesús, Héctor, Juan, y Angel “el coronel”. Déjenme aquí para poder ser el promotor de nuevas artesanías al lado de Samuelito Raiward; quiero seguir siendo el fomentador de las teorías de Comenio con las profesoras de mi escuela. No me pidan ser el orador oficial, odio los oropeles, prefiero ser el hacedor de la metáfora de la pitahaya ante los cantiles silentes. Déjenme aquí porque aquí estoy para siempre en el búcaro de la flor de la vinorama; venero que se vuelve miel en la pitahaya de corazón sangrante; cántaro en que se resuman las delicias de la caña y de la vid; alhajero cuya entraña enciende chispas de oro, remendando a la noche; jugando entre las rocas, pinar donde los aires de la sierra sollozan con canciones, seda que al morir la tarde se tiñe de violeta al morir la luz...”

Tengo la sospecha, bien fundada, de que así pensaba el maestro Francisco Cota Moreno, cuando después de escuchar los cuarenta sonidos de las risas de la muchachada de primaria, se abandonaba al estudio en su biblioteca particular.

Recientemente aquí en La Paz, la señora Olga, la hija menor del matrimonio del profesor Francisco y doña María, amablemente, me mostró el álbum familiar y allí encuentro al profesor Cota Moreno, en su plena juventud: de complexión delgada, de uno setenta de estatura aproximadamente; con un rostro anguloso, de cejas pobladas y nariz recta, boca mediana de labios más bien gruesos; su pelo es como una densa macolla de te de limón que nace del centro de la frente, pero lo que delata su inteligencia y carácter inflexible son sus pómulos; sus grandes ojos y la profundidad sostenida de su mirada enmarcada por unos espejuelos redondos. Su porte y su rostro es el de un joven perteneciente a la clase media alta de aquella época.

A medida que veo las fotos me voy sumergiendo en ese mundo mágico de la vida cotidiana de los veinte de El Triunfo, sin lugar a dudas una de las regiones más entrañables para muchas de las familias que habitan la capital del Estado.

Merced a las ligas sensibles y los recuerdos, aquellos que verdaderamente perduran son la vivencias de la infancia y la juventud, y éstos brotan como en surtidores al sólo tocar y mirar las fotografías, reliquias históricas de la porción sur de la península de Baja California del pasado reciente. Más significativo para mí es constatar la hospitalidad de José Antonio, Arcelia y Olga pues allí en el seno familiar, reside por siempre el espíritu, amigable y abierto del maestro Francisco Cota Moreno.

De pronto llama mi atención una fotografía de una bonita joven vestida de blanco al estilo de los veinte, que posa de perfil; y deja caer su mano izquierda en el descanso de una elegante silla mientras que en la mano derecha sostiene un ramo de claveles y rosas. Lleva, también, medias blancas y zapatillas color negro tipo botines que le cubren hasta arriba del tobillo abrochadas con agujetas bien trenzadas que terminan en un simétrico moño. Ella es mi mamá María —dice Olga, era muy guapa. Se

vino de Todos Santos a la "Universidad" de El Triunfo, pero lo único que logró fue enamorar a mi papá. Enséñale la dedicatoria —sugiere Arcelia. —¡Ah! Si... mire lo que dice aquí atrás. Y leo: *A mi querido Pancho en prueba de amor, María.* : La dedicatoria está escrita con tinta en color rojo —indica Arcelia... esto prueba lo mucho que lo amaba y amó hasta la tumba.

Pues bien este es el origen del título de este opúsculo que no es más que un homenaje póstumo, merced a los altos méritos literarios, cívicos y educativos del maestro Francisco Cota Moreno. Y como bien dice Jesús Castro Agúndez "[...] a manera de un ramillete de rosas rojas depositadas en su memoria en el monumento que le estamos debiendo."

Aquí en "*A mi querido Pancho en prueba de amor*", María incluyó la presentación a la obra a cargo del profesor Loreto Grerardo Aguilar, aparece, también parte de *Un Discurso y Cinco Cuentos* de Francisco Cota Moreno publicado por Jesús Castro Agúndez en mil novecientos setenta y ocho, asimismo se muestra parte del álbum de la familia Cota Moreno, el epílogo y la bibliografía consultada.

La publicación de este opúsculo es un esfuerzo conjunto de la Coordinación Estatal de Promoción al Turismo de B.C.S., del Programa Estatal de Lectura y la Escuela Normal Urbana, a fin de honrar la memoria del profesor Francisco Cota Moreno, con una biblioteca única en apariencia física y funcionalidad. Y habilitada en la misma casa donde vivió este ejemplar profesor y escribió al secretario de educación pública, licenciado Manuel Gual Vidal, en noviembre de mil novecientos cuarenta y ocho "[...] para evitar el peligro de quedar hundidos en la ignorancia (se pide) la dotación de modestas bibliotecas a las escuelas primarias (...) en tan valioso medio de fomentar el amor al estudio y coronar la obra de alfabetización; el envío de libros de texto, para multitud de niños que, principalmente en las escuelas rurales, no los tienen, porque ni ellos ni sus padres, ni las comunidades, están en condiciones económicas para comprarlos."

Francisco López Gutiérrez

Semblanza del Profr. FRANCISCO COTA MORENO

Relativamente pocos autores^(2,4,6) regionales han compilado y publicado apuntes biográficos y menos aún se han hecho estudios sobre la obra literaria de Francisco Cota Moreno. Entonces se le debe al literato autodidacta, como él se autonabraba, un mayor acercamiento y un análisis más profundo a su legado literario.

Se dice por ahí que el mayor halago que un escritor puede recibir es que se lea su obra. Es verdad. Por ello transcribo la hoja de sus datos biográficos, cuatro cuentos y un discurso escritos por él, a fin de ceder la voz a Francisco Cota Moreno, el escritor, para saber quién es y qué hizo; luego reencontrarnos con una porción de su obra cuentista.

Datos biográficos*

"Profesor FRANCISCO COTA MORENO.

Nació en El Triunfo Baja California Sur, el 19 de enero de 1903.

Sus padres: don Francisco Cota González y doña Rosa Moreno de Cota.

Cursó la educación primaria en la Escuela de su pueblo nativo, habiendo alcanzado, como resultado de su amor al estudio, las mejores calificaciones.

Pasó en 1920 a la ciudad de México, entre los primeros que pensionó el Gobierno de la Entidad, fundadores de la Casa del Estudiante Sudcaliforniano en dicha capital.

Estudió en la Escuela Superior de Comercio y Administración, donde al presentar examen de admisión obtuvo el primer lugar sobre más de 300 jóvenes que sustentaron igual prueba.

Motivos de salud le impidieron continuar en la Capital de la República y hubo de regresar a la Baja California, marcando esta circunstancia el cambio definitivo de su derrotero: abrazó la carrera del magisterio a la cual ha dedicado su vida desde 1923. A fuerza de autodidacta, al calor del trabajo pudo adquirir su preparación, reforzada en los institutos de

mejoramiento profesional que organizaron sucesivas misiones culturales. Su labor docente y social ha merecido la aprobación de las autoridades educativas. En todo tiempo ha procurado dar ejemplo de puntualidad, espíritu de servicio y cumplimiento del deber. De su constancia en el trabajo habla el hecho de que en sus 30 años de servicios sólo ha disfrutado una licencia de 4 meses por enfermedad. Su celo por lograr que ningún niño dejara de recibir educación, hizo posible que en su comunidad no existiera prácticamente el problema del analfabetismo desde antes de iniciarse la Campaña Nacional de 1944.

Diez diplomas y veinticuatro felicitaciones y notas laudatorias ponen de relieve algunos aspectos sobresalientes de su obra de maestro, tales como el creciente éxito del ahorro escolar, el fomento de la producción industrial escolar y comunal, su colaboración en los censos nacionales, investigaciones sobre alimentación popular, campañas de higiene y salubridad, aportación de trabajos a los centros de cooperación pedagógica, su labor alfabetizadora y participación en concursos, ferias y exposiciones de diversa índole.

Tomando en cuenta su hoja de servicios, en 1948 recibió el honor de ser designado para representar al magisterio sudcaliforniano en el homenaje oficial que, con la presencia de maestros de todos los estados de la República, se celebró en la Palacio de las Bellas Artes de la ciudad de México, el día del Maestro.

Al unísono con su trabajo profesional ha desempeñado muchos cargos y comisiones de carácter cívico y social. Posee una biblioteca particular que abarca todas las ramas de la cultura humana. Es socio correspondiente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Su afición a las letras lo ha impulsado a escribir sobre temas regionales, entre los figuran algunos cuentos como "Pitahayeros", "Al Bajar de la sierra", "La Mina perdida" y otros. Actualmente dirige la Escuela "República Argentina", de su pueblo.

* Este documento fue escrito aproximadamente en 1954 por el profesor Francisco Cota Moreno y una copia del original se incluye en la sección del álbum familiar.

Nota 1. El profesor Francisco Cota Moreno murió en El Triunfo, B.C.S. el 23 de julio de 1963.

Cuatro cuentos y un discurso

DISCURSO QUE PRONUNCIO EL C. FRANCISCO MORENO EN LA VISITA QUE REALIZO EL SECRETARIO DE EDUCACION PÚBLICA, LIC. MANUEL GUAL VIDAL, EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1948.

Señor Secretario de Educación Pública
Señor Subsecretario y distinguidos acompañantes
Señor Gobernador del Territorio

Cuando en noviembre del año pasado se anunció la visita del señor presidente de la República al Territorio Sur de la Baja California, avivóse en el espíritu del pueblo el anhelo de dos generaciones, de que algún día el jefe de la Nación Mexicana fijara su atención en nosotros y, uniendo la acción al pensamiento, recorriera con interés el solar sudcaliforniano, donde escucharía el clamoroso grito de una colectividad que sólo quiere cosas tan conmovedoramente sencillas como trabajar, progresar y vivir su vida al ritmo que reclaman las palpitaciones de la Patria.

No se equivocó el pueblo. El señor licenciado Miguel Alemán, en un gesto de comprensión que le enaltece y nos obliga, dos veces ha venido a esta tierra de dramática historia, y con el amor que profesa a toda porción de suelo mexicano, con la inteligente visión con que sabe captar las inquietudes populares, conoció nuestras angustias, pulsó nuestras aspiraciones y, pronto a la obra que alienta y fecundiza, concibió esta era de desenvolvimiento que asoma en el oriente y que será la salvación de un pueblo en otro tiempo entristecido por el olvido y la injusticia. Porque no nos cabe duda: la venida de algunos señores ministros y altos funcionarios de la Federación que han acompañado al ciudadano presidente en sus giras, nos revela el propósito claro, ya en marcha de promover en forma

definitiva un plan de mejoramiento en la agricultura, la minería, en la educación, en las comunicaciones, en la salubridad y, para decirlo de una vez, en todos los aspectos fundamentales de la vida del Territorio Sur de la Baja California.

Por eso el pueblo sudcaliforniano, con esa sensibilidad afinada acaso por el apartamiento geográfico, ha recibido con tanto cariño las visitas del señor Presidente y todo cuanto ocurre como resultado de sus viajes a esta Entidad. Es así como la visita con que ahora nos honran el señor licenciado Manuel Gual Vidal, Secretario de Educación Pública, y sus dignos acompañantes, adquiere para nosotros una especial significación, reconocida no solamente por las autoridades, el magisterio, el estudiantado y la niñez, sino por todos los sectores sociales del pueblo del Territorio, puesto que, además de considerarla como feliz consecuencia de la estadía del señor presidente en esta ciudad en octubre último, la acogemos con singular entusiasmo y cordialidad por razones que adivino están en la mente de quienes me escuchan: por la vigorosa personalidad del intelectual que, como es el caso del señor Gual Vidal, va conduciendo con dignidad, maestría y patriotismo indiscutibles, esa función tan delicada y tan henchida de responsabilidad como es la educación de todo un pueblo; por el talento y lealtad con que nuestro ilustre visitante está plasmando la idea del señor presidente de la República en la grandiosa obra de la Campaña Nacional pro-Construcción de Escuelas, que habrá de cimentar, con recia arquitectura, el México esplendoroso que soñamos; por el deseo latente en la sociedad sudcaliforniana, particularmente en las esferas conectadas con la labor educativa, de poder presentar a la vista del señor Secretario de Educación, no sólo el paisaje a veces melancólico y a veces adusto en que nos colocó el destino, sino también las alegrías y dolores que anidan en el alma del pueblo, los problemas que dificultan el adelanto del terruño, las necesidades específicas de la Educación y en resumen, la imagen viva y desnuda de lo que es este jirón que la naturaleza alejó del resto de la República herida del Mar de Cortés, pero que vive espiritualmente fundido en la síntesis de las tradiciones, las esperanzas y las puras esencias de la Patria.

Al cumplir con el honroso encargo de darle la bienvenida, señor secretario de Educación Pública, lo hago con el pensamiento puesto en la enjuta faja de tierra que viene usted a visitar ya la que un poeta llamó "el brazo descarnado de la Patria que clama justicia", veo sus playas veladas de nostalgia, la soledad impresionante de sus campos y el áspero desgarrón de sus montañas, en donde alienta un pueblo cuya existencia como asida a gigantesco péndulo, va oscilando entre la inundación y la sequía, entre la ilusión y el desencanto, y es entonces cuando más creo en este hombre resistente y rudo que, a pesar de cierto fatalismo que lo induce a cifrar su suerte en las señales del firmamento, atesora sin embargo, por el continuado esfuerzo que despliega para sobreponerse a la dura condición del medio físico, una fuerza moral concentrada que el día en que llegue a desenvolverse y encauzarse plenamente merced a la educación, lo hará capaz de acciones decisivas que le deparen el bienestar social que merece.

Y a la hora de pensar estas cosas, señor Ministro, justo es puntualizar que en la noble lucha que tiene que desarrollarse que está desarrollándose ya, para hacer del pueblo sudcaliforniano el conglomerado próspero y fuerte que estamos obligados a lograr como aportación a la grandeza de México, existen hechos favorables a destacar en este momento. Refiérome, por una parte a la encomiable actuación del señor gobernador del Territorio, general de División Agustín Olachea Avilés, de quien podemos afirmar con honda satisfacción que está entregado, entre otros grandes propósitos, a consumir la mejor obra a que puede aspirar gobernante alguno, como es la creación de fuentes de trabajo para volver a la vida regiones del Territorio que, a todos nos consta apenas ayer agonizaban en la miseria; y en lo que toca puramente a la obra educativa, su magnífica colaboración a toda la comunidad, escuela o maestro que solicitan de él algo que se traduzca en beneficio cultural para la niñez, para la juventud o para la totalidad del pueblo, explica con creces la sincera estimación que le profesa el magisterio sudcaliforniano.

Por otro lado, y esto ya dentro de la órbita netamente educativa, es propicia en el más alto grado la circunstancia de que los dirigentes del

ramo en Baja California Sur, con inteligencia y ardimento dignos del ideal que persiguen, han venido preocupándose por encauzar la labor docente y social de las escuelas del Territorio, hacia la formación del tipo de hombre que necesariamente debe ser el elemento constitutivo de nuestro pueblo, si vamos a erigir a éste en factor de su propio engrandecimiento. Esto es por lo que, siguiendo los lineamientos que aconsejan la adaptación de la enseñanza a las peculiaridades materiales y espirituales del medio, y siempre con la mira de situar a la Escuela dentro de la vida misma del pueblo para exaltar sus virtudes en pro de una mejor calidad humana de sus componentes, los Jefes de la Educación en el Territorio están empeñados con el resto del Magisterio en una serie de actividades que, complementando la realización de los programas vigentes, constituyen un movimiento ascensional, honrado y patriótico, en bien de la comunidad sudcaliforniana.

El fomento del ahorro escolar para hacer nacer en nuestros niños la virtud de la previsión, de que tan escasos andamos, el impulso de la producción industrial, escolar y comunal, con los objetivos de aprovechar los recursos naturales, de procurar el mejoramiento económico y de crear en nuestra gente una actitud de trabajo y de confianza en el propio valer; el establecimiento de pequeños internados rurales como medio más viable por ahora de resolver el problema educativo de la población diseminada en el campo, contribuyendo simultáneamente a la liquidación del analfabetismo en el Territorio; la realización repetida de encuentros atlético-deportivos, ferias industriales, exposiciones artísticas y concursos teatrales y musicales, con la de estimular la superación física, económica y cultural de nuestro pueblo, que son modalidades sobresalientes que imprimen al movimiento educativo de la región el sello característico de nuestro ambiente y la tónica de nuestras inquietudes y demuestran la sinceridad de este intento para empujar a la Baja California Sur por el camino más limpio que conduce a la redención: el del trabajo y la cultura.

Y como precisamente es innegable que falta mucho por hacer y que el señor Secretario de Educación sabe qué orientaciones y qué medidas se requieren para nuestro completo avance educativo, esta visita

abre horizontes insospechados a la Escuela del Territorio y despierta el júbilo de quienes la recibimos como lo que es: el mensaje de una buena nueva. Si en esta grata ocasión pudiéramos oír la vibración espiritual del pueblo sudcaliforniano como quien escucha el sonido recóndito de un caracol, percibiríamos las voces que piden una ayuda fuerte y grande para satisfacer las más urgentes necesidades educativas del momento. La construcción del edificio de la Escuela Normal Urbana, provisto de los elementos adecuados para la formación de buenas generaciones, la ampliación de la Escuela de Enseñanzas Especiales en cuyo seno nuestros jóvenes adquieren instrumentos de cultura y de lucha por la vida; el establecimiento de internados de enseñanza primaria adonde se puedan alojar aquellos estudiantes del medio rural. Y a fin de evitar el peligro de quedar hundidos en la ignorancia; la dotación de modestas bibliotecas a las Escuelas Primarias, generalmente pobrísimas en tan valioso medio de fomentar el amor al estudio y coronar la obra de alfabetización; el envío de libros de texto para multitud de niños que, principalmente en las escuelas rurales no los tienen porque ni ellos ni sus padres ni las comunidades están en condiciones económicas para comprarlos: he aquí algo de lo mucho que el Territorio Sur de la Baja California espera del ciudadano Ministro de Educación en beneficio de lo mejor que tenemos: la niñez y la juventud.

Señor Secretario de Educación Pública

En nombre del magisterio del Territorio tengo la honra de saludar a usted y sus distinguidos acompañantes, y hago votos por su feliz permanencia en esta tierra de nombre empolvado, de leyenda ¡Baja California! Búcaro de la flor de vinorama; venero que se vuelve miel en la pitahaya de corazón sangrante; cántaro en que se resuman las delicias de la caña y de la vid; alhajero cuya entraña enciende chispas de oro, remendando a la noche; jugando entre las rocas; pinar donde los aires de la sierra sollozan con canciones; seda que al morir la tarde se tiñe de violetas, con pinceles de luz. ¡Baja California Sur! Así como ostentas cosas tan bellas, yo sé que tu pueblo también sabrá mostrar a los viajeros que llegan, la más resplandeciente de sus galas, por que gala muy honrosa es la bandera en que lleva inscrito su fervoroso anhelo de trabajo.

De hombre a hombre

Cuando sonaba por los caminos el alegre tintinear de unas espuelas, no había vaquero que al oírlo no exclamara:

-¡Por ay viene Lencho Morales!

A poco se divisaba, muy ufano en generoso alazán, todo un ranchero de la cabeza a los pies. Coronábase el sombrero de copa chata y ala tiesa, forrado de gamuza; bien ceñida, la "cuera" le envolvía el tronco en elegante giro; como estrellas de plata desprendidas de la noche, las bruñidas espuelas le brillaban abajo de las botas, y con las "armas" de vaqueta extendidas en rígido trazo desde la horcajadura hasta el tobillo, dábase un empaque bravío que le estaba como la vaina al machete.

Por su afición a las sonoras espuelas, los mocetones lo bromeaban:

-Oye, Lencho, ¿tú nacites con espuelas? Crioque no te las quitas ni pa dormir.

-Siquiera cuando te cases cuélgalas en el "sillero".

-No tanto, no tanto, -replicaba él-. Espuelas de oro son otras que se me clavan adentro y me hacen correr por el "taste".

-¡Yastará, señor don Lencho, yastará!

-¿Quieren saber cuales son? Las ganas de trabajar, hermanos, las ganas de trabajar.

Y en diciendo esto, hundía las dentadas rodajas en los ijares de la bestia y salía disparado a los quehaceres de costumbre.

-Pero aquella vez, recién amanecido, la emprendió Lencho sin los arreos de campear. ¿Iba de fiesta? era probable. En el rancho de "El Palmar" se celebraba el santo de una moza y él no debía faltar,

siempre requerido en esa clase de holgorios y esparcimientos, más que por nada, por el varonil prestigio de que gozaba entre las rancheras del rumbo.

El buen hombre se sentía feliz. Joven, sano, dueño de rancho y con novia. ¿No era ya mucho? Con eso le bastaba para enfrentarse a la vida.

Por lo que hacía al trabajo, demasiado sabía que para erguirse al través de sequías y chubascos necesitaba cumplir los mandamientos de su propia experiencia; aquellos mandamientos que en los afanes de la lucha diaria parecían recordarle tesonosamente: Lencho, te levantarás con el lucero de la madrugada, te sostendrás firme como el picacho de la sierra, serás bueno para todo como las hierbas del campo, no descansarás hasta el momento en que los "tapacaminos revolotean a tu lado al pardear la tarde..."

Comentando aquellas destrezas, la rancherada se hacía lenguas:

-¡Y que canilla pa quiebrantar potrillos!

-¡Qué manos de cristiano pa manejar la riata!

-¿Y quién le ganaba en el herradero, en la ordeña, en la castrada?

-¡Bah! ¡En la mantención está lo güeno, sí señor.

Avanzaban, pues jinete y cabalgadura por la vereda ondulante, bordeada de "quelites", hacia el paisaje claro que se tendía a lo lejos. A la hora de asomar el sol, la mañana sonreía primorosa, bañada por la lluvia de la víspera: trinos de calandrias serranas, hilos de agua cristalina, "sanmiguelos" florecidos en sartas de rubíes, regueros de luz temblando en los "lomboyos".

La ocasión estaba de perlas para soñar y Lencho soñaba, como sueña cualquier enamorado, que la elegida de su corazón atesoraba todas las gracias habidas y por haber, y que la felicidad completa que esperaba

alcanzar, cuajaría el día en que Cándida fuera su mujer, cuando pudiera llevarla al jacal del rancho, darle posesión de las vacas, verla trajinar del fogón a la quesera, ayudarle a plantar en la heredad la simiente de un hogar sencillo y abnegado, reflejo de aquellos en que a ambos les había tocado en suerte venir al mundo.

¡Ah! Pero no todo era roclear en ese cielo. Tiempo hacía que una nube oscurecía los devaneos del mozo: la figura de aquel viejo terco, de enmarañadas cejas, barbas torrenciales y un vozarrón que parecía hecho para hablar con sordos; el renegado Tío Pascual que, lleno de paterno celo, declaró la guerra a esos amores que según aclamaba a los cuatro vientos, había venido a acabar con la tranquilidad de la casa y a enredar a la hija única que Dios le dió, en las redes de un mujeriego impenitente como era ese mentado de Lencho Morales.

Razón de sobra para que idilios y malquerencias tales, llegaran bien pronto a parar en comidilla de la gente:

-¡Diatiro nada! Esa Cándida es una flor de vinorama.

-Ay, valedor, es dulce y morena como miel de abeja!

-Ta muy bien, pero el tío Pascual es como la retostada y se me hace que Lencho "le alza el pelo".

-¡Pueque, compadre, pueque! los dos son como la yunta de Alvarado, tan jorobado el pinto como el colorado...

Caminaba Lencho pensando en estas cosas, cuando al rebasar el crucero de "Agua Escondida", torció por la vereda que subiendo y bajando por lomerío en corto trecho se perdía entre el follaje del monte enverdecido. No iba, pues, al festejo. Entonces, por la senda que acababa de tomar, ¿sería de creerse que pretendía visitar el rancho de tío Pascual?

Arrebujábase la campiña en nítidos velos de luna. Todo dormía en santa

paz. Hasta el chirrido de los grillos, el lejano tañer de algún cencerro, el suspiro del aire entre los "romerillos", simulaba mantenerse en sordina para no turbar el sosiego de la noche. El rancho de "Las Animas" era una estampa de indefinible encanto.

De repente, en la cabaña, el tío Pascual despertó sobresaltado:

-¡Eh! ¿qué demonios...? A que le ladran esos "chuchos"

-¿Qué ha de ser? -balbuceó doña Petra-. Ese condenado retinto ...

-¿Pero pa qué dejas la yegua apersogada?

Súbitamente, el viejo se incorporó en el camastro. No, no podía ser el semental, tan conocido por sus ásperos relinchos. ¡Ah, terrible sospecha! y levantarse de un salto encender el candil, ver el nido vacío, echarse los trapos encima, volar hacia el corral, montar en pelo la yegua y salir desalado despidiendo rayos y centellas, todo lo hizo en menos que canta un gallo, pues es tiempo de decirlo: la morena se había fugado con el galán.

Pero ya ellos iban al trote del alazán, y cuando oyeron el tropel que venía detrás, el trote se convirtió en galope y el galope en carrera, en medio de la cual resonaban fuertemente las vociferaciones del anciano.

-¡Párense ay, desgraciados! ¡Párense ay!

Ya que el caso no era para detenerse a cambiar impresiones ni para dimes y diretes yendo a velas desplegadas, continuaron a lomo del alazán, como almas que se lleva el diablo, hasta que el tío Pascual, más fatigado que la yegua, desde la cumbre de una loma les gritaba, blandiendo reluciente cuchillo:

-¡Me amolaron! ¡Ta bien ¡Pero ay los veremos de hombre a hombre!
¡Oyelo bien, jijo... de hombre a hombre!

Así quedó sellado un desafío a muerte entre los dos rancheros.

Pasó el tiempo. Daba la casualidad que en aquel entonces chisporroteaban por todas las partes las fogatas revolucionarias y no faltaba más: el vecino pueblo también escribió en sus anales la historia de un levantamiento y, ¡qué diantre!, el cabecilla fue nada menos que el Timoteo Robles, zapatero a ratos y bebedor por meses, que ahora metido en esas danzas, con arrestos de perdonavidas y armado de siniestro pistolón, no tuvo embarazo de cometer abusos de toda especie con singular desplante.

Desde esa hora y punto el tío Pascual vivió con mucha inquietud. Palabra que no se equivocaba. Un día, por mal de sus pecados, en pleno monte se topó con los alzados que de buenas a primeras lo bajaron de la yegua, lo injuriaron, le dieron de cuartazos y a empujones lo llevaron a presencia de Timoteo Robles.

-¡Viejo agarrado- díjole éste-, aquí lo quería ver!

-Ta güeno, que le hacemos...

-¡Hora me chilla dinero si quiere salvar la güesamenta!

-Hasteso que ni tengo..

-¡Pos ya le digo, me lo chilla o se lo lleva el tren!

-Pos ya le digo, no tengo, por “vide Dios”-...

-Entonces lo tizno.

-Pos hágalo, ya me tocaría...

-¡Horita mismo! ¡A ver, “Cuate”, “Panceleón”, atrínquenlo hay!

Cuando el anciano, pálido pero con expresión digna, quedó sujeto al tronco de un árbol, Timoteo ordenó conteniendo la risa:

-¡Déjenlo hay pa semilla! ¡Vámonos a la leña!

Y sin más, montaron todos a caballo y pronto desaparecieron envueltos en una polvareda atroz.

Aquella postura, sin poder encoger el cuerpo, ni mover las extremidades ni aflojarse, fue para el viejo un horrible tormento. ¿Qué esperanza podía acariciar en ese paraje solitario por donde rara vez pasaban los rancheros? ¡Qué noche tan cruel! y al otro día, cuando se contempló como si hubiera vuelto a la primera edad, ya no tuvo otro pensamiento que aceptar lo que Dios quisiera, encomendarse a los santos, arrepentirse de sus culpas y avenirse a todo, hasta morir de hambre y de sed en tan ingrato retiro.

Al filo de medio día surgió Lencho entre los matorrales y se quedó de una pieza. ¡Era por ventura el tío Pascual! ese bulto amarrado a un encino! inmediatamente le gritó:

-¿Pero es usted, tío Pascual?

-Pos yo soy...

Desde la noche de la fuga, no se habían encontrado. Allí estaban, pues, colocados por el destino en un sitio donde podían entenderse... de hombre a hombre.

VOCABULARIO

Generoso: Brioso.

Cuera: Abrigo de gamuza que usa el ranchero sudcaliforniano para protegerse de las espinas.

Armas: Pieza de la silla vaquera.

Sillero: Mueble para colocar la silla de montar.

Taste: Pista para correr caballos.

Mantención: Alimentar ganado durante la sequía.

Chuchos: Perros.

Romerillo: Arbusto silvestre que crece en los arroyos.

Pitahayeros

-¡Date prisa, Chenchá!

Nieta y abuela -con pañuelos floreados en la cabeza, huacales y "huichutas" al hombro jadeaban por el camino polvoriento, bajo un sol de oro derretido que parecía verterse por el aire y abrasar la tierra yerma, plagada de lagartijas y chicharras.

La muchacha alcanzó a la vieja.

-Oye -díjole ésta-, venía pensando en una cosa.

-¿En qué, nana?

-Eres mi nieta y tengo que alumbrarte. Asina se lo prometí a tu madre cuando estaba en agonía. En el paraje hay muchos hombres, y los hombres toditos son iguales, no más huelen mujer y empiezan a corraliar ¡Hijos de un caramba! y quiero hacerte un encargo.

-Usted dirá.

-Que no quiero verte chacotiando con naide. ¿Me entendistes?

-Pos si

-Pero con naide. Los hombres son como los "caribes", hay que mirarlos de lejos... porque de cerquita pican...

-Ah, que nana!

-Sí, hija, y que no se te olvide.

-Pierda cuidado, nana.

-Oye, ¿sabes? El único que puede visitarnos, asina a ratos, pa platicar, es Másimo. Güen muchacho, pa que veas, mayormente que viene sin interés de nada, y que podemos darle la incumbencia del mandado cuando baje al pueblo...

Una mirada maliciosa iluminó fugazmente la cara morena de Chenchá, que sonrió a escondidas, como diciendo: "Si supiera mi Nana que Masimo es mi querer el berrinche y los extremos que haría..." Pero la abuela, ni en sueños le daba aquello por la nariz.

Iban en esto cuando columbraron el paraje, allá arriba, cabalgando sobre el lomo de una "cuchilla", tristón, aprisionado entre el pitahayal cuyos brazos implorantes dejaban ver la crestería desnuda de la sierra, velada de un tenue, envanescente azul.

Componíase el tal paraje de jacales enanos y pardos, que se agrupaban en el claro del monte como bandada de "chacuacas". Allí acampaban los pitahayeros que año con año, con un no sé qué de sumisión o atávico mandato, llegaban, se iban, volvían a venir...

Porque era vieja costumbre heredada de padres a hijos donde quiera que estuviesen, reconocer la estación de fin de secas, hacer el viaje pasar acá la temporada y, después de saborear los jugos y las mieles que tienen dones milagrosos del terruño, ausentarse con la tranquilidad de quién ha cumplido un rito y con la esperanza de regresar algún día a curarse la nostalgia en el regazo del cálido solar.

-No se te olvide mi encargo-, repitió la anciana

-Pierda cuidado, nana.

La choza de las dos mujeres se alzaba junto a la de Másimo, como buscando el amparo de una fuerza varonil. Meses hacía que el mocetón y la muchacha se arrullaban con embeleso de palomas. Ella era feliz con aquellas ternuras que le echaban a perder el juicio, y él no lo era menos con las efusiones que le llovían junto a la reina de sus desvelos.

Cuando todavía claveteaban el firmamento las últimas estrellas y los grillos confundían sus chirridos con los aúllos de la coyotera, levantábanse los pitahayeros, ellos a proveer los menesteres de la faena, ellas a colocar las ollas en la lumbre para luego, a la luz de la fogata, entre bostezos y carrasperas, beber todo el humeante, sabroso café del amanecer.

A poco, allá iba Másimo por la vereda, oyendo cantos de “huitlacoques” y pájaros carpinteros, y a medida que el sol ahuyentaba sombras en los cerros y desleía colores en el orto, con el gancho ensartaba y ensartaba las pitahayas que a montones se ofrecían en la llanada.

Y he aquí que por distinto rumbo salía Chenchá acompañando a otras mujeres del paraje.

-No se te olvide mi encargo-, insistía la abuela

-Pierda cuidado, nana

Pero una vez en el pitahayal, por oficiosidad de las comadres, acertaban los tórtolos a encontrarse en solitarios coloquios y allí, en el sereno éxtasis del campo, el galán escogía para Chenchá los mejores frutos, azucarados y llorosos:

-Abre la boca y cierra los ojos.

Pretexto para que Másimo le acomodara besos en el rostro, y para que ella, dejándose mansamente besar, dijera en sus adentros:

-Yo no sé por qué mi nana dice que los hombres son como los “caribes”...

Una tarde, reunidos en el llano, los pitahayeros cantaban. Cantaban sus canciones interminables, melancólicas, que parecían desmayarse en el crepúsculo de encendidos matices. Másimo no tardaría en volver del pueblo, adonde había marchado para vender la “pitahaya cocida”, la deliciosa jalea que no necesitaba, endulzarse porque la dulzura le

venía del suelo, y que empacada en botes y en hojas de mazorca, tan apetecida en la mesa del rico como en la del pobre, y más cuando juntándola con “queso de apoyo”, formaban ambos la pareja mejor avenida entre los manjares que la tierra generosa daba para sus criaturas.

Por disimular, la avisada de Chenchá preguntaba lo primero que se le venía a las mientes:

-Oiga, nana, ¿por qué unas pitahayas son blancas y otras coloradas?

-¡Muchacha! ¿Pa qué quieres saber?

-Pa que si: Pa saber.

.-¡Las cosas que se te ocurren! Pos dicen que allá muy antes todas las pitahayas eran blancas, pero desde que un marido le travesó el pecho a la mujer que lo traicionó, le echó una maldición: “¡Permita el cielo que la mancha de tu sangre no se borre jamás!” y cuentan que dende entonces, comenzaron a darse pitahayas coloradas.

-¡Esas son abusiones!

-Pos han de ser abusiones, pero la verdad es que hay pitahayas blancas y pitahayas coloradas, mesmamente que hay mujeres güenas y mujeres malas.

A lo lejos, un pitahayero cantaba...

-“Vengo a ver unos ojos que tengo, vengo a ver qué tan lindos están”

Era Másimo que llegaba. Así se comprendía por los ladridos del “Guardián”, perrito zorrillero que a todas partes lo seguía, y que con más tino que algunos hombres, sabía roer el hueso sin menguar la lealtad.

-Oye dijo la abuela- no se te olvide mi encargo.

-¡Válgame! Pierda cuidado, nana.

Pero a veces los encargos se olvidan, porque al día siguiente, ¡qué revuelo en el paraje! Como chubasco se desataron las lenguas al conocer el notición: Chenchá no había amanecido en su jacal: Másimo tampoco estaba en el suyo. Y entre los aspavientos de las mujeres que se arremolinaban en la casucha culpables del desliz, la abuela, haciendo pucheros y enjugando lágrimas, murmuraba: .

-Olvidó mi encargo esta bribona. Bien se lo decía... los hombres son como los "caribes", hay que mirarlos de lejos...

Desde aquella ocasión, la viejecita vivió entristecida, unos días sola, otros arrimada a parientes lejanos: pero eso sí fiel a la tradición que como voz del pasado le exigía cada año el retorno al paraje; hacia él iba, decepcionada de la vida que así solía torcer el destino de la gente y, ya sin otra ilusión que "comer pitahayas pa morir de gusto", sentía la puya del dolor clavada en el recuerdo de la nieta, y mascullaba largamente su amargura:

-Han de ser puras abusiones, pero la verdad es que ,hay pitahayas blancas y pitahayas coloradas mesmamente que hay mujeres que pagan bien y mujeres que pagan mal...

VOCABULARIO

Caribe: herbácea tanto o más espinosa que los cardos.

Cuchilla: loma .

Chacuaca: codorniz.

Nana: abuela.

Queso de apoyo: queso de crema

Chicharra: cigarra.

Huichuta: parte del gancho con que se ensarta la pitahaya.

Abusiones: supersticiones.

Parajes

En la madrugada, al canto de los gallos, depabilándose las gentes de El Cardón. En seguida, todos al café, para entonarse. ¡Y a la faena!

Todavía entre dos luces, ibanse los chiquillos por el sesteadero y, diligentes, tornaban en breve, arreando las vacas al corral. Grito de:

¡Jurtaaa!... ¡Jurtaaaaa! hendían el aire y hacían eco, allá en la rinconada, entre el arroyo y la loma del cantil.

El mismo tiempo, en el corral, doña Canacha y dos mocitas espigadas, cubiertas con limpios pañolines, disponíanse a la ordeña, en tanto que don Abundio, fuma que fuma, desde las trancas vigilaba la maniobra de "empialar" las vacas y amamantar a los becerros.

Estos, al salir del chiquero y divisar a las madres trincadas junto a la cerca, se lanzaban hacia ella, y, ávidos e inquietos, prendíanse luego a la ubre, pegando topes y bailando las patas como queriendo retozar.

De allí en adelante, el rancho, envuelto en el oro de la mañana oloroso a hierbas silvestres, alegrábase con bullicioso trajín: después de la ordeña, cuajar la leche, abrevar el ganado, entregarse a los quehaceres humildes, que daban acre sabor a la campiña serena y dulce.

Pero eran ya las postrimerias de la ordeña. Con tan exiguas lluvias y míseros pastos, las reses estaban apenas "en carnes" y, claro, había que dejarlas descansar.

¡Qué taciturno se veía don Abundio en aquel mes de noviembre! A veces, con miedo de oír sus aprensiones, decía:

-Mal año tendremos, Canacha, mal año...

-¡Ni lo permita la virgen, hombre!

-Lo vamos a ver, piormente si no llueve de "quipatas". Las vacas se están flaquando mucho...

Soltaron, pues, el ganado, que bajaba al corral únicamente a que le dieran de beber. Más temprano de lo que se esperaba, comenzó a notarse la tristeza de los campos. Ramajes marchitos, cenicientos, que sólo lucían, aquí y allá; manchones amarillos de flores de "tacote"; sin gorjeos, mugidos ni relinchos, el silencio del monte dejaba en el ánimo una impresión de éxtasis; reses y bestias, desmedradas peludas, mostraban ya en el espinazo y los cuadriles las angulosas y conocidas señas del hambre.

En las noches, lo que don Abundio murmuraba parecía una oración.

-Que Dios los ayude pa salvar el paraje... que favorezca al ganado... que los dé juerzas pa la mantención... que las aguas sean güenas...

Pero antes de amanecer, su voz volvía ruda, vigorosa

-¡Alevántense, hijos, vámoslos a dar agua!

Más que una orden era éste un reto al desierto, imploración que se escuchaba con resonancia de siglos, lo mismo en El Cardón que en San Juan y La Vinorama y en todos los parajes donde la ilusión y el desencanto habían tallado en piedra la existencia del ranchero.

-¡Alevántense, hijos, vámoslos a dar agua!

Entonces, allá iban el viejo y los hijos. Uno de éstos, a caballo, tiraba de la reata que salía del pozo, hasta que, a unas veinte brazadas, aparecía el cubo que otro mocetón vaciaba en el bebedero. ¡Y así, hora tras hora, día tras día, en incansable ir y venir, pues su destino era clamar por agua, como el cardón y el pitahayo que vivían con los brazos levantados al cielo!

A medida que las vacas llegaban, don Abundio gritaba:

-¡Échenle agua a "La Tinaja"!

-¡Atajen "La Noche"!

-¡Encierren "La Novia"!

¡Con qué exquisito gusto les había puesto, de puro cariño, aquellos nombres! Por panzona y colorada a ésta; a esa otra por negra, con un lucero en la frente; a la de más allá, por su estampa grácil, toda ella blanca y con larga cola además...

Una tarde don Abundio dijo:

-Canacha, la necesidá tiene cara de hereje. Hay que empezar a vender las garritas...

-¡Abundio! si las quiere uno más cuando le dan...

-¿Y qué hacemos? Se los van a morir de flacas, hija hay que aprovechar lo que puédamos, ya veremos cuántas los quedan...

-¡Sea por Dios Abundio!

-¡Sea por Dios Canacha!

Una por una fueron saliendo del paraje las mancuernas. ¡Con cuánto dolor doña Canacha y sus hijos veían partir aquellas vacas tan buenas, tan dóciles, tan suyas, que al alejarse todavía los miraban con ojos inocentes! Las mansas vacas que parecían conocerlos y que, cuando se impacientaban en el corral, bastaba que les dijeran blandamente:

-¡Par... par..!, para que se sosegaran y se dejaran ordeñar la bendita leche enriquecida con los mejores jugos del campo.

Y ahora se las llevaban, pero no había remedio. No lo había, porque

pasaron los meses y no llovió “de equipatas”. Se negó la lluvia lenta que en el invierno suele empapar y fecundar la tierra. Por lo cual, a los aprietos que ya se vivía en “El Cardón”, añadíase el temor de una sequía pavorosa para tan luego como arreciaran los soles de abril.

Horas cada vez más sombrías. Ninguna, empero, como aquella en que don Abundio entró en el jacal, con un gesto de amargura:

-Hija, vamos de mal en peor: el pozo se está secando...

-¡Virgen Santísima!

-Horita no hay gota pa los animales... Asómate.

El cuadro era lastimoso. Llegaban las reses a beber, ansiosas hostigadas, con los ojos vidriosos y los ijares hundidos y al no encontrar agua, olfateaban, daban vueltas, parecían gemir, resoplaban desesperadamente en el bebedero, cual si se hubiesen querido aspirar con el aliento, ya no un sorbo, sino todos los veneros escondidos en la entraña misma del páramo.

-¿Y qué hacemos, Abundio?

-Hija, no hay peor lucha que la que no se hace. ¡Le arriamos al pozo!

Dicho y hecho. Con la ayuda de los hijos, atados por la cintura agarrándose con las uñas al ademe de madera, con el porte solemne de quien sabe que se está jugando el todo por el todo, don Abundio se metió en el pozo.

¡Ah! Al cabo de dos días de afán, de ampollarse las manos escarbando y escarbando como loco, de subir y bajar el cubo para sacar la obstinada tierra, el agua no brotó, que tal era la dura condición impuesta a los parajes del terruño.

Pero ante esa calamidad, el recio viejo no se acobardó:

-¡Canacha, hijos! Hora si se amoló El Cardón, pero mañana los vamos al paraje de abajo:

Así fue. Empezaba a declinar la tarde cuando salió la caravana de rancheros. Como restos de tribu derrotada que huían por lejanas veredas, se perdieron de vista en la noche llena de presagios. Adelante las reses de lánguido andar; detrás la gente cargando sus pobres trastos y aperos...

A la mañana siguiente las cigarras con su monótono chillido, aturdían a aquellos infelices, que cansados, como iban, a la larga dejaban oír sus voces ásperas.

-¡Qué chamuscado el monte!

-Ah, jijo... ¡Me viene quemando la arena!

-Este aigre que corre, en vez de aliviar, sofoca...

- ¡Pero si esto es un horno!

Ciertamente, era el horno caliente, el rincón nativo, de tierra arisca, bóveda de turquesa y lumbre de sol.

Al fin llegaron al paraje de abajo. Así y todo, aun faltaba lo peor, porque era verdad, había agua en el pozo, pero el monte estaba pelado. Ni siquiera sombra daban los arbustos. Y en semejante erial, ¿qué ganado podía resistir la sequía? Por eso, don Abundio, con entereza muy ranchera, dio la señal para el último empuje:

-A lo macho, los vamos a la biznaga, ¡qué jijo..!

Y madrugando mucho para que la biznaga estuviera fresca, allá fueron padre e hijos a campo traviesa, armados de machetes, ceñudos, a echar la lengua; a buscar la admirable planta que mitigara el hambre y la sed del ganado, a dejar jirones de vida prendidos en la espina del cacto...

Escogían las biznagas sazonas, las limpiaban y después las limpiaban, y después tumbarlas y amontonarlas, en penosa caminata las llevaban al rancho, donde pacientemente se ponían a picarlas. Y para engrosar las raciones de aquella, recolectaban tallos de dátíl cimarrón, pencas de nopal, tunas de choya; todo cuanto podían arrancarle al árido solar con la misma porfía con que seguramente lo hicieron sus mas remotos antepasados.

Y sobre estas angustias, tener que enfrentarse a los mil percances cotidianos. Levantar con palanca a la res moribunda; a la que, doblando el pescuezo, no quería comer, abrirle las quijadas y echarle por fuerza el alimento; llevarle la ración de biznaga a la que caía lejos del paraje, y cuando alguna se quebraba al rodar por la ladera quitarle el cuero, que no en vano don Abundio repetía:

-No hay pior lucha que la que no se hace.

Si, esa era la lucha. Silenciosa y dramática lucha! Abnegados rancheros que, ya al fulgor de las estrellas, O en el ardiente fuego del día, luchaban, luchaban y de todos modos se les morían las vacas, mientras que a ellos les hacía subsistir una esperanza...

¡Ah, los milagros de la esperanza! Hacia fines de la primavera, a toda hora espiaban la naturaleza, queriendo descubrir en ella los signos que, según la creencia, anunciaban la lluvia. Era cosa de entender uno el alborozo de aquellas almas sencillas:

-¡Qué de flores de cardón!

-Miren las nubes en la sierra...

-¿Ya vieron la luna nueva, qué cantiada viene?

-¡Hay relámpago al sur!

-Oigan ese canto, óiganlo... Es el pájaro del agua...

Asidos a esa esperanza, vivirían mientras no lloviera, que en lloviendo, sería cuestión de días que don Abundio dijese, agitando la mano como bandera en triunfo:

-¡Mañana mesmo los vamos al paraje de arriba!

Entonces, arreando las pocas reses que quedaron, la emprenderían todos por la vieja vereda polvorienta, de regreso hacia El Cardón, a comenzar de nuevo, a rehacer la vida, a luchar, que no "hay peor lucha que la que no se hace"... Es ley que los rancheros vivan a merced del vaivén. Unas veces del paraje de arriba al paraje de abajo, y otras... del paraje de abajo al paraje de arriba.

VOCABULARIO

Empialar: poner el pial.

Quipatas: equipatas.

Tacote: especie de girasol silvestre.

Chamuscado: quemado.

Piormente: peor aún.

La mina perdida

*H*ay en la Baja California leyendas que han caído en el olvido. He aquí cómo la casualidad me hizo conocer una de ellas

Anocheía. Ya las primeras estrellas salpicaban de brillantes el desvelado añil del cielo. Desde el arroyo, las aromas del “romerillo” y de la “hiedra del venado” se extendían, pertinaces, en el soplo de la brisa. Vago como el sonido que encierra el caracol, escuchábamos el retumbo del mar, allá a lo lejos.

Bajo la enramada, al amor del fuego, saboreábamos la humilde cena campesina: “machaca” servida en la cazuela, tortillas recién doradas y el obligado “té de damiana”, en cuyo olor parecía trascender la serena belleza de los campos que habíamos recorrido desde el amanecer.

A poco, sin que supiéramos cómo ni por qué, surgió en la charla el tema de los tesoros escondidos, y como cada ranchero tenía alguna conseja que sacar a relucir, durante horas me deleité oyéndolas en el espléndido ambiente del rancho: las perlas del difunto Ocio; unos cofres que ocultaron los piratas en las playas del Sur; el entierro de onzas de oro que dejó el Padre López, y no recuerdo cuantas otras, enseñadas tradicionalmente a la gente moza por los más viejos de los viejos.

De pronto, el tío Chepe dijo:

-¿Y no saben ustedes lo del Cerro del Mulato?

Todos respondimos que no.

-¡Ah! Las gentes dicen que en ese cerro hay una mina de plata virgen, pero está perdida y nunca la han podido encontrar; donde una vez...

-¡Cuéntenos, cuéntenos, tío Chepe! pedimos atropelladamente.

Entonces el tío Chepe, ranchero a la antigua usanza, desenvolvió su tabaquera, lió un cigarro, escupió por el colmillo y, con ese aire grave que tomaba para los más pequeños menesteres, sacó mecha, eslabón y pedernal, hizo lumbré, encendió el cigarro, dio unos chupetones seguidos de espesa humareda, y al fin, bajando el tono de la voz, contó la vieja y empolvada leyenda.

...Hace muchos, muchos años, cuando los gambusinos y aventureros del siglo XVIII descubrieron las vetas de oro y plata del sur de la península, se inició el laboreo de unas minas que con el tiempo darían origen a la fundación del Real de San Antonio primero, y del mineral de El Triunfo después.

Un día, antes de que existiera ninguno de los dos pueblos que entonces eran unos jacales atrapados en el monte de “uña de gato”, a una de aquellas minas llegaron dos indios silenciosos y huraños, que respondían a los nombres de José Ignacio y Juan Melchor.

Puesto que eran fuertes y trabajaban bien, pronto hallaron acomodo en las labores de la mina; más por el genio retraído y las costumbres raras que luego se les echaron de ver, comenzaron a incitar la curiosidad, la desconfianza o el temor de los mineros, y así, era cosa de oírse cómo sus vidas misteriosas andaban en boca del prójimo:

-Por fin, ¿de dónde salieron esos indios?

-No se sabe. Unos dicen que de la Misión de Santiago, otros que de Santa Rosa...

-Serán lo que sus mercedes quieran, pero a mí no me gustan para nada bueno. Si lo fueran, ¿por qué son tan mesteños?

-Muy cierto. A la metida del sol, apenas acaban su tarea, se van al cerro, dizque a escarbar jicamas, a cortar talayotes, garambullos...

-¡Calle! también cuentan que siempre duermen en el cerro, sin más compañía que los perros, como que algo temen de la gente de razón.

-¡Sólo Dios sabe por qué!

-A lo mejor son de los de Chicori que mataron al padrecito.

-Algo hay , algo hay...

-¿ Y por qué trabajan en la mina sólo una parte de la semana y los demás días se pierden como si se los tragara la tierra?

-¡Vaya pregunta! son hechicerías, tienen trato con el diablo...

-¡Ave María Purísima!

-Figuraciones hermanos, figuraciones. Aquí entre nos, a mí no me lo crean, pero les voy a decir lo que sé. ¿Conocen a María Ignacia y a María Bernarda?

-¿Las indias cocedoras de pitahaya?

-Sí, que viven al otro lado de la cuesta. Un día ellas me contaron que vieron a José Ignacio y Juan Melchor enterrando metal, cañada arriba de la mina.

-¿Cómo así? Y no lo sabe el alférez?

-De seguro que no.

-Pues, habrá que ponérselo en pico.

En efecto, se lo dijeron. Y el alférez, ni corto ni dejado, fuese a interrogar a las cocedoras de pitahaya quienes repitieron de cabo a rabo lo que habían confiado a un minero: que andaban una tarde recogiendo ciruelas

silvestres en la cañada de la mina, cuando columbraron que los indios llegaban al paraje más enmontado, sacaban de las alforjas unas piedras que echaban en tarros y allí mismo enterraban éstos al pie de unas "cacachilas". Añadieron que temerosas de que los perros las "ventearan", se dieron a huir por el matorral y no quisieron saber más de aquel trance.

-María Ignacia, María Bernarda: ¿Bajo juramento?

-Lo juramos por Dios Nuestro Señor y por la Señal de la Santa Cruz.

Propúsose entonces el alférez desentrañar el secreto, valiéndose del capitán de mina y de otros operarios de fiar, urdió astuta vigilancia sobre los pericúes, los cuales, como no advirtieron la trama, siguieron muy campantes haciendo de las suyas.

Al fin, después de largos días vinieron a saberse que los viernes al atardecer, José Ignacio y Juan Melchor emprendían el camino arroyo abajo: que andando y andando toda la noche a través de las mesas amanecían en el cerro del mulato, en cuyas fragosidades desaparecían junto con los perros y que al otro día, muy temprano, descendían del cerro y regresaban al trabajo.

-¡Ya está! por el hilo se saca el ovillo.

-Sí, más claro ni el sol: los indios se hallaron una mina muy rica, donde arrancan la plata virgen con tajadera...

-Y eso es lo que traen en las alforjas a enterrar en la cañada.

-Pues ahora, ¡Dios que nos daremos maña para que ellos mismos nos guíen a la mina!

Tal como lo idearon los pusieron por obra. En sigilosa marcha, los espías salieron antes que José Ignacio y Juan Melchor, pues con buen discernimiento, era mejor ganarles la delantera y esconderse en el sitio

más a propósito del cerro. Hubo en consecuencia, que caminar por atajos y vericuetos para no dejar rastros en la vereda y mantenerse invisibles en el claroscuro de la noche otoñal, en que todo adquiría apariencia fantástica: la luna, la sierra, el cardonal, los caminantes...

Despuntaron el día cuando se avistaron los pericúes. Voces apremiantes en el ramaje:

-¡Ahora sí, allá vienen!

-Silencio, silencio.

Herméticos, creyéndose seguros, José Ignacio y Juan Melchor avanzaron entre la maleza, llegaron a la falda del cerro y sin más ni más, comenzaron a subir la pendiente, ante la emoción de los mineros que, temblorosos, apenas si resollaban en el escondrijo, con la ilusión de verse dueños de la mina.

En esto, cuando menos se esperaba, por algún movimiento en el breñal, los perros de los indios rompieron a ladrar, violentos, erizado el lomo y feroces los ojos, con ímpetus de arrojar sobre los desconocidos que ahí cerca se hallaban.

-¡Maldición!- gruñó el capitán de mina.

-Prendamos a los indios- murmuraron los demás.

Al punto, José Ignacio y Juan Melchor la adivinaron todo y, veloces como la "churea", que sin abrir las alas parece volar al ras del suelo, echaron a correr por la ladera, saltando quiebras, cruzando pedregales, resbalándose en los cantiles, agazapándose en los sombríos barrancos, hasta que, más ágiles y conocedores del terreno que los otros, lograron en breve rato evadir la persecución.

-Vayamos en su seguimiento hasta la playa...

-¿No será más cuerdo buscar la mina?

-¡Eso es, escudriñaremos el cerro de la falda a la cumbre!

Ardua, fatigosa tarea la de aquellos hombres; pero como la codicia les quemaba las entrañas, habrían ido gustosos, ya no al crestón más alto del cerro, sino hasta el fin del mundo, donde se ocultaban tan fabulosa riqueza. Sin embargo. -¡Oh, decepción!-, después de mucho buscar, se convencieron de que sus jadeos, sudores e inquietudes eran en vano; la mina estaba perdida.

Desesperado, el capitán de mina ordenó:

-¡Sigamos a los indios hasta la playa, que en teniéndolos a buen recaudo, ya veremos el modo de hacerles confesar!

Se fueron a seguirlos. Al caer la tarde iban llegando a la playa, desalentados por la inútil pesquisa, cuando de repente, de todos los labios brotó una exclamación:

-¡Allá están, allá están!

Una balsa de palo de "chilicote" y hojas de "dátil" cimarrón, mecíase en las olas; en el médano, los dos perros aullaban tristemente mirando hacia el mar; abandonados a corta distancia, divisábase unos belduques, alforjas y tajaderas... Pero, ¿qué había sido de José Ignacio y Juan Melchor? Sólo unas huellas en la arena, aún no borradas por el viento, denunciaban el reciente paso de seres humanos por aquellas soledades.

Los mineros no volvían en sí de la sorpresa.

-¿Qué sucedió aquí?

-¿Y los indios?

-¡Quién sabe... quién sabe..!

No lo sabían. Nadie lo sabrá jamás. Dice la leyenda que los pericúes, cuando ya no abrigaron esperanzas de escapar a sus perseguidores, embarcaron en la balsa que previsoramente tenían preparada y una vez apartados de la orilla, dando un grito pavoroso, se echaron de cabeza en el mar .

Cuentan que todas las noches se oyen aullidos en la playa solitaria, y que en el cerro del Mulato -enigma de piedra-, los vaqueros se espantan con ruidos misteriosos, y se alejan diciendo:

-Son los duendes de la mina perdida...

Archivo
Histórico
Pablo L.
Martínez
Baja California Sur

VOCABULARIO

Romerillo: planta que crece preferentemente en los arroyos.

Hiedra del venado: hierba silvestre muy aromática.

Machaca: carne seca machacada.

Uña de gato: arbusto silvestre muy espinoso.

Cacachilas: arbusto silvestre.

Churea: faisán del desierto.

Chilicote: colorín.



Archivo
Histórico
Pablo L.
Martínez
Baja California Sur

*Don Francisco Cota
González y doña Rosa
Moreno, Alejandro,
Francisco, Félix y la niña
Rosa.*



César Francisco, José Antonio y María Arcelia.



Francisco



*En el
seno
familiar.*



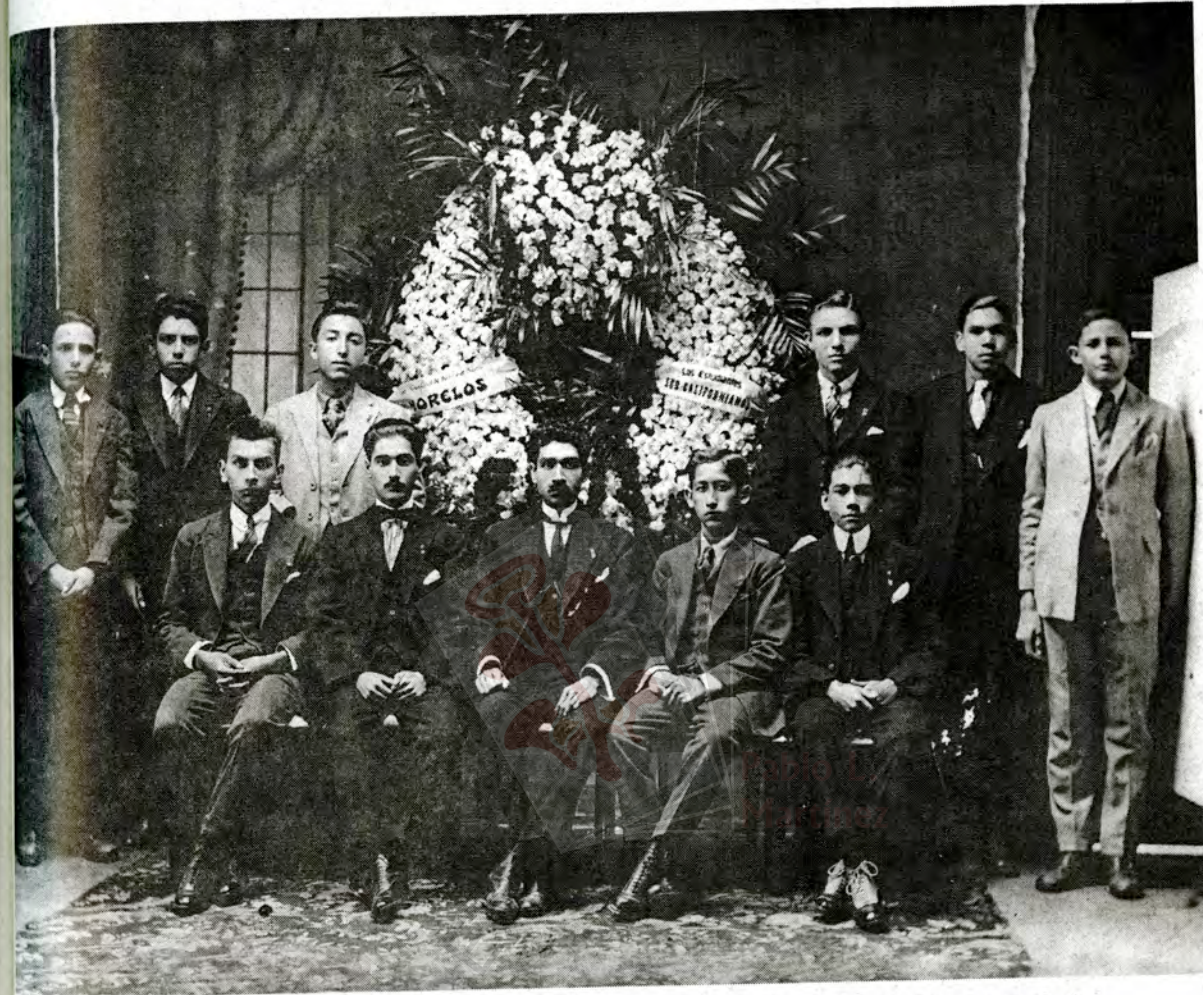
Olga y Arcelia



*De visita en
Todos Santos.*



Marta



Los primeros diez estudiantes sudcalifornianos pensionados en la ciudad de México. De pie y de izquierda a derecha: 1. ¿?, 2. Raúl Estrada Navarro, 3. Pablo Nolasco, 4. Luis Peláez Manríquez, 5. ¿?, 6. Jesús Castro Agúndez, 7. Francisco Cota Moreno. 8. Alejandro Pedrín, 9. Profesor Arturo Oropeza Villegas, 10. ¿?, 11. ¿?.

Los nombres de los estudiantes que faltan en el orden anterior pueden ser: Manuel C. Galbán, Félix Sánchez, Federico Romero, Francisco Borbón y Gustavo Moreno⁽³⁾



Lo mejor de la juventud triunfeña en la época de los veinte.

De pie y de izquierda a derecha: 1. Pablo Nolasco, 2. Alejandro Cota Moreno, 3. Ricardo Amador Ojeda, 4. Antonio Cota Maldonado, 5. ¿?, 6 profesora Juanita Mendoza, 7. ¿?, 8. Enriqueta Verdugo. Segunda fila sentadas: 9. ¿?, 10. Corina Moreno de Mohuet, 11. Francisca Ojeda Domínguez, 12. ¿?, 13. Herminia Arámburo, 14 ¿?. Sentados en el piso de izquierda a derecha: 15. Rufino Beltrán, 16. Francisco Cota Moreno, 17. Carmela Cota, 18. Juanita Ojeda Domínguez, 19, ¿?, y 20 ¿?,



Reunión con las profesoras y madres de familia.

De izquierda a derecha: 1. Lidia Arnaut, 2. Concepción Avilés Reza, 3. Francisca Ojeda Domínguez, 4. Josefa Meza de Moreno, 5. Francisco Cota Moreno, 6. Margarita Díaz de Navarro, 7. Rosa Talamantes de Arnaut, y 8. Luz León de Amao.



Visita de autoridades a la escuela.



*Los niños y la escuela:
dos amores del profesor Francisco.*



LAS ENFERMERAS DEL TRIUNFO, BCS.

- 1.- Teodora Kachock 2.- ¿? 3.- Enriqueta Verdugo 4.- ¿? 5.- ¿? 6.- Sara Castro Castillo 7.- ? 8.- Profra. Juana Mendoza 9.- Ciria Cota 10.- ¿? 11.- Herminia Aramburo 12.- Angela Morales 13.- ¿? 14.- Juanita Ojeda de Navarro (Madre de los Navarritos) 15.- Pachita Ojeda (Suegra de Exdrulfo Collins) 16.- ¿? 17.- ¿?

Nota si alguien logra identificar a las que nos faltan, por favor, háganlo de nuestro conocimiento.



Don Samuelito Raiward y el profesor Francisco.



Dos épocas, un sólo hombre.

Datos biográficos.

Profesor FRANCISCO COTA MORENO.

Nació en El Triunfo, Baja California, el 19 de enero de 1903. Sus padres: don Francisco Cota González y doña Rosa Moreno de Cota.

Cursó la educación primaria en la Escuela de su pueblo nativo, habiendo alcanzado, como resultado de su amor al estudio, las mejores calificaciones.

Pasó en 1920 a la Ciudad de México, entre los primeros estudiantes que pensionó el Gobierno de la Entidad, fundadores de la Casa del Estudiante Sudecaliforniano en dicha capital.

Estudió en la Escuela Superior de Comercio y Administración, donde al presentar examen de admisión obtuvo el primer lugar sobre más de 300 jóvenes que sustentaron igual prueba.

Motivos de salud le impidieron continuar en la Capital de la República y hubo de regresar a la Baja California, marcando esta circunstancia el cambio definitivo de su derrotero; abrazó la carrera del magisterio, a la cual ha dedicado su vida desde 1923. A fuer de autodidacta, al calor del trabajo pudo adquirir su preparación, reforzada en los Institutos de mejoramiento profesional que organizaron sucesivas Misiones Culturales.

Su labor docente y social ha merecido la aprobación de las autoridades educativas. En todo tiempo ha procurado dar ejemplo de puntualidad, espíritu de servicio y cumplimiento del deber. De su constancia en el trabajo habla el hecho de que en 30 años de servicios sólo ha disfrutado una licencia de 4 meses por enfermedad.

Su celo por lograr que ningún niño dejara de recibir educación, hizo posible que en su comunidad no existiera prácticamente el problema del analfabetismo desde antes de iniciarse la Campaña Nacional de 1944.

Diez diplomas y veinticuatro felicitaciones y notas laudatorias ponen de relieve algunos aspectos sobresalientes de su obra de maestro, tales como el creciente éxito del ahorro escolar, el fomento de la producción industrial escolar y comunal, su colaboración en los censos nacionales, investigaciones sobre alimentación popular, campañas de higiene y salubridad, aportación de trabajos a los centros de cooperación pedagógica, su labor alfabetizadora y participación en concursos, ferias y exposiciones de diversa índole.

Tomando en cuenta su hoja de servicios, en 1948 recibió el honor de ser designado para representar al magisterio sudecaliforniano en el homenaje oficial que, con la presencia de maestros de todos los Estados de la República, se celebró en el Palacio de las Bellas Artes de la Ciudad de México, el Día del Maestro.

Al unirse con su trabajo profesional ha desempeñado muchos cargos y comisiones de carácter cívico y social. Posee una biblioteca particular que abarca todas las ramas de la cultura humana. Es socio correspondiente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Su afición a las letras lo ha impulsado a escribir sobre temas regionales, entre los que figuran algunos cuentos como "Pitahuyeros", "Al bajar de la sierra", "La mina perdida" y otros. Actualmente dirige la Escuela "República Argentina", de su pueblo natal.

Epílogo

El pueblo de El Triunfo, B.C.S. es una lección palpitante, histórica, adonde debemos aprender en forma urgente, pero de una manera natural, para poder lavar así el rostro de nuestra propia soledad. Tal es el mensaje que sugiere Armando Trasviña Taylor⁽⁵⁾. "El lamento no hace, por fortuna, canción." Dice este enterado y prolífico autor.

Sin embargo, nuestra historia regional está preñada de tantos y tantos casos similares como el del Triunfo: Llegan, exploran, explotan y se van.

De ahí la singular importancia del caso del profesor Francisco Cota Moreno. Un intelectual reconocido, en su época, más allá del territorio sudpeninsular, gracias a su natural inteligencia y visión globalizadora de la situación del país entero. El afecto y el reconocimiento de intelectuales, políticos y comerciantes locales se lo prodigaban visitándolo, en su casa en El Triunfo. Al respecto Jesús Castro Agúndez escribe:

"[...] El triunfo fue el refugio de Panchito Cota, así le decíamos cariñosamente sus amigos, y allí recurriamos a él cuando nos encontrábamos en un apuro o requeríamos su colaboración (...) pues fue dueño de una pluma ágil y vigorosa y de una palabra fresca, florida y convincente (...) en noviembre de 1948, fui al Triunfo a buscar a Panchito para anunciarle la próxima visita del Secretario de Educación Pública, don Manuel Gual Vidal y encomendarle el discurso principal, (...) Panchito aceptó con reticencias, pues no era amigo de oropeles. El 15 de ese mes, pronunció el discurso, -incluido en esta publicación y que resulta modelo en su género. (...) el discurso de Panchito, captó con total fidelidad nuestras esperanzas renovadas por la actividad presidencial, y la nueva fe en los destino de Sudcalifornia. Uno de los acompañantes del señor Secretario de Educación, el subsecretario que lo era el ingeniero Merino Fernández, me hizo esta confidencia cuando Panchito terminaba en

forma vibrante su pieza oratoria; « es el mejor discurso que se le ha hecho al Sr. Secretario en esta gira» Debo agregar -continúa Castro Agúndez- que este era un recorrido por el Noroeste de México, que había abarcado los estados de Nayarit, Sinaloa, Sonora y el aún Territorio norte de Baja California."⁽¹⁾

Por otro lado, el profesor Cota Moreno mantenía una frecuente relación epistolar con su amigo el poeta Leopoldo Ramos, también triunfeño, y como socio correspondiente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, le confería la posibilidad de mantenerse en contacto con líderes en la ciencia y la intelectualidad mexicana y extranjera, merced a sus competencias en el idioma inglés y francés.

En suma, con todos estos atributos intelectuales y de compromiso social, el profesor bien pudo haber encontrado mejores derroteros en La Paz u otra ciudad del país, laborando en la administración educativa, incursionando en la política, o, en otros campos de la vida: No obstante, él permaneció fiel a su pueblo nativo El Triunfo.

Parecía que mi papá tenía una misión. Él sentía un compromiso grande por su pueblo -dice Olga, su hija menor. Era el líder en todo tipo de campaña benéfica para la comunidad; así al lado de don Samuel Raiward inició a la gente nativa en la elaboración de artesanías, que hasta la fecha constituyen para los habitantes de la región un aliado contra la miseria.

Ojalá, esta lección de apego y compromiso social hacia nuestros pueblos como nos enseñó, Francisco Cota Moreno, el profesor rural y literato autodidacta perdure en la memoria colectiva de Sudcalifornia, de lo contrario nos lavaremos el rostro, sí, pero con polvo en la noche sideral.

Francisco López Gutiérrez

BIBLIOGRAFÍA

1. COTA MORENO, Francisco. Un Discurso y Cinco Cuentos. Jesús Castro Agúndez (ed). Ediciones del Patronato del Estudiante Sudcaliforniano. La Paz, BCS. 1978.
2. IBARRA RIBERA, Gilberto. Escritos y Escritores de Temas Sudcalifornianos. Gobierno del Estado de BCS., Secretaría de Educación Pública. 1998.
3. IBARRA RIBERA, Gilberto. Historia de la Educación en Baja California Sur. II. Gobierno del Estado de BCS., Secretaría de Educación Pública. 1994.
4. TRASVIÑA TAYLOR, Armando. La Literatura en Baja California Sur. México, D.F. 1971.
5. TRASVIÑA TAYLOR, Armando. El Triunfo; el Rostro de la Soledad. Club Rotario Balandra. La Paz, BCS. 2004.
6. SALGADO PEDRÍN, José. Cuento y Recuento. Benemérita Escuela Normal Urbana y Escritores Sudcalifornianos, A.C. La Paz, BCS. 2001.

"A mi querido Pancho en prueba de amor", María. Se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2004 en La Paz, B.C.S., en la imprenta de la Ciudad de los Niños, Tels. (612) 122-95-95 y 122-03-27. El tiraje fue de 500 ejemplares.

Cuidado de la edición: Francisco López Gutiérrez

Apoyo técnico y diseño: Miguel Hernández Ceseña

Impreso y hecho en México



Impreso en papel reciclado
Ciudad de los Niños de La Paz

Archivo
Histórico
Pablo L.
Martínez

Baja California Sur



Gobierno de
Baja California Sur
Un Gobierno de acciones

